

Prólogo

En buena filosofía aristotélica, todo movimiento perfectivo requiere de la existencia de dos polos. El primero de ellos, es el polo que posee un grado de perfección suficiente para atraer a aquello que es menos perfecto y que está aún en potencia. El segundo polo, es precisamente éste, el que todavía se halla en potencia y que tiende a alcanzar su mayor grado de perfección posible. Para que este último polo se actualice y alcance el grado de perfección al que potencialmente está llamado requiere del polo más perfecto o en acto, puesto que es éste el que con su mayor perfección atrae hacia sí lo que está en potencia. Lo más perfecto y en acto ejerce, pues, una atracción que, a modo de causa final, mueve a todo aquello que todavía se encuentra meramente en potencia. Repárese en este sentido, que el polo perfectivo es atrayente por sí mismo, y que no requiere de su parte realizar acciones o movimientos añadidos para ejercer su influjo, sino que le basta, a modo como la luna provoca las mareas, con ser lo que es para ejercer su atracción. Pues bien, eso es lo que el Profesor Enrique Martín López ha sido en general durante toda su vida personal y académica, pero sobre todo, y de un modo muy especial, para el Instituto de Estudios de la Familia de la Universidad CEU San Pablo y los que han trabajado en él. Su dirección en el Instituto ha sido verdaderamente fecunda, no por la multiplicación de actividades, que tanto se valoran hoy en día, que las ha habido, sino por la presencia de una humanidad, la de Enrique, cargada de experiencia y sabiduría. Ni siquiera sus más de veinte libros publicados, sus decenas de artículos escritos, sus innumerables lecturas e inmensa erudición de la que siempre daba constantes muestras, junto con sus muchos años entregados a la docencia y la investigación, con la dos cátedras de Sociología y Filosofía del Derecho de las que llegó a ser titular, entre otras muchas cosas, dan una aproximación suficiente de lo que es su figura académica y humana. El profesor Enrique Martín López ha sido y es eso, pero es mucho más, como yo mismo tuve la ocasión de comprobar desde que le conocí, por medio del profesor Polaino. Nuestro primer encuentro se celebró al poco

de asumir yo el Vicerrectorado de Investigación, tras confirmarme con su enorme autoridad el profesor Aquilino Polaino la idoneidad que, para una Universidad como la nuestra, tenía un instituto de estudios de la familia. Pero no solamente me confirmó lo que en mí no pasaba de una mera intuición, la necesidad de un Instituto de la Familia, sino que me señaló igualmente la persona adecuada para llevar adelante su dirección: el profesor Martín López. Y acertó. Como igualmente acertó el Patronato de la Universidad nombrando al que durante todos estos años ha sido su Presidente, a D. José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala. ¿Podrían haberse encontrado un Director y un Presidente con mejor trayectoria humana y académica en el ámbito de la Universidad española? Sinceramente, lo dudo mucho.

Recientemente, por un impedimento físico que desde aquí rogamos sea meramente temporal, me ha tocado suceder, por nombramiento del Patronato y a propuesta de nuestro rector Rafael Sánchez Saus, a D. Enrique Martín López. Al sucederle me encuentro con un Instituto que es una realidad viva y en marcha, como lo pone bien de manifiesto el libro que ahora sale a la luz y que tienes entre las manos, *Los modelos de conducta familiar y social transmitidos a través de la educación familiar*. Obra colectiva y multidisciplinar que es el resultado de un sobrio y profundo trabajo llevado a cabo por un excelente equipo de jóvenes investigadores. El Instituto de Estudios de la Familia es, hoy, una realidad madura. Pero lo que a todas luces resulta evidente es que esta maduración no habría sido posible sin una madurez previa, cumplida, la del Profesor Enrique Martín López. Y por eso ha hecho muy bien el Profesor Javier López Martínez, como editor e investigador principal, al completar el título original con el subtítulo *Estudios en homenaje al profesor Martín López*. Homenaje sí, en justicia y agradecimiento, porque sin el Profesor Enrique Martín López, este Instituto y quienes con él colaboran, con seguridad no podrían haber hecho gala de esta madurez alcanzada.

Elio Gallego García

Director del Instituto de Estudios de la Familia
Universidad CEU San Pablo

Introducción

El tema abordado en este libro es un aspecto parcial, pero fundamental, de lo que en sociología y en psicología social se conoce con el nombre de proceso de socialización. Se entiende por proceso de socialización el complejo proceso a través del cual el niño pasa a convertir su sociabilidad potencial en sociabilidad en acto, incorporándose a la vida social como uno más de los actores sociales.

Un gran número de autores se han centrado sobre la naturaleza de ese proceso y sobre los pasos o secuencias que lo constituyen, prestando mucha menos atención a los ámbitos sociales en los que prioritariamente se desarrolla, que no son sino la familia y la escuela.

Los estudios del principal investigador sobre la evolución de la inteligencia en el niño, Piaget (1972), dejando aparte la trascendencia de sus logros, parecen sugerir que la relación entre el niño y los sucesivos objetos de conocimiento se desarrollara en un vacío social, en el que careciera de importancia el contexto humano, familiar o escolar, en que la relación se establece. Hay que comprender, eso sí, que si la formación de los esquemas intelectuales es el objetivo prioritario de las investigaciones experimentales de Piaget, la introducción de una variable difícilmente controlable, como es el ámbito familiar o escolar, no haría sino oscurecer el planteamiento y dificultar el avance de los estudios.

Pero establecidos los procesos y los hitos fundamentales de la evolución del conocimiento infantil, la evidencia de los distintos ritmos en el proceso evolutivo, y aun de la fijación que en muchos casos se produce en quienes no son capaces de adquirir determinados modos del conocer y conservan esquemas infantiles hasta la edad adulta, se plantea la necesidad de aclarar si tales retrasos y/o fijaciones derivan de dotaciones biológicas diferenciales o de condiciones del ambiente familiar o escolar que favorecen o dificultan los procesos de asimilación y acomodación en el conocimiento.

Este problema alcanza una mayor trascendencia sociológica cuando se consideran las diferencias en el proceso de formación de imágenes de los otros y el distinto grado de adecuación de esas imágenes a quienes pretenden representar. Así Martín (1997) analiza distintos tipos de imágenes del otro, mostrando los esquemas cognoscitivos que conducen a su formación y la distinta probabilidad de que se adecuen a la realidad del otro, como objeto del conocimiento. Pero no se ocupa en determinar cuáles son los factores psicofísicos, familiares o educativos, que han permitido mantener esquemas infantiles de conocimiento – aplicados, en concreto, al conocimiento del otro–, en sujetos adultos.

En esta misma línea argumental se encuentra el tema de la formación de la imagen de la familia y de sus miembros: el padre, la madre, los hermanos, los abuelos, etc. y también de la imagen de los otros, más lejanos, que integran la sociedad y, por supuesto, en un plano más profundo y por tanto, menos consciente, la imagen del sí mismo desde la que se mira el mundo y se constituye la imagen de la familia y de la sociedad. Es obvio que los niños y jóvenes tienen derechos. En las últimas décadas se han ido recogiendo en los diversos códigos vigentes inspirado en la Carta Magna de los Derechos del Niño, pero todavía queda mucho por hacer desde la perspectiva familiar, porque a lo primero a lo que tiene derecho un niño es a tener una familia que le sirva como referente. El niño, apenas nacido, es un espectador de su mundo, que observa a su manera lo que sucede en su entorno familiar (así mira con atención cuando se le canta, se le cuenta algún cuento, se juega con él, etc.) Conforme pasa la primera infancia, el niño imita todo cuanto ve y oye en el ámbito familiar. Para que estas observaciones sean eficaces es conveniente que en el comportamiento de los padres se manifiesten numerosos valores y entonces, casi sin esfuerzo el hijo tratará de reproducirlos. Más tarde, próxima la preadolescencia los hijos deciden tomar decisiones por sí mismos, sintiéndose únicos, irrepetibles y dueños de sus acciones y valores implicados (Polaino, 2010).

Por todo lo anterior resulta relevante analizar la influencia de los ambientes familiar y escolar en el desarrollo de los mecanismos cognoscitivos y su incidencia sobre la formación de imágenes familiares y sociales.

Pero, para acceder a los modelos de conducta familiar y social transmitidos a través de la educación es necesario analizar elementos no cognoscitivos, puesto que los modelos de conducta implican componentes valorativos, normativos, afectivos y decisiones de la voluntad.

El relativo vacío social y familiar asumido por Piaget en el análisis del conocimiento, tiene que ser abandonado cuando se enfrenta al desarrollo de la sensibilidad y a la formación de los esquemas ético-normativos. Sin embargo, Piaget (1984) deja muy claro que en su obra no se encontrará ningún análisis directo de la moral infantil tal como se vive en la escuela, en la familia o en las sociedades de niños, sino que lo que él se propone estudiar es el juicio moral y no las conductas o los sentimientos morales. La identificación de los más próximos y las manifestaciones de afectividad hacia los mismos, contrastan con el fenómeno del hospitalismo en quienes tienen escaso contacto con la madre u otra persona que asuma y desempeñe su papel. Por otra parte, la función de los juegos y del trabajo en común, con amigos o con hermanos, son circunstancias que contribuyen a la interiorización de normas y al descentramiento afectivo, como paralelo al descentramiento del yo y de la experiencia.

En todos estos temas comienza a perfilarse con mayor claridad la importancia del ambiente familiar –y del escolar–, en el proceso de socialización del niño. Porque sin duda contribuyen al desarrollo, positivo o negativo, de la afectividad y a la interiorización o no, de normas y de valores, referidos tanto a la vida intrafamiliar, como a la vida social propiamente dicha.

Sin embargo, este planteamiento no debe avalar la ingenua pretensión de que la familia siempre trasmite y que lo que transmite – afectos, valores, normas y modelos de conducta– siempre es positivo.

La compleja e inequívoca experiencia del cambio social y cultural y de su incidencia sobre la familia y sobre los individuos abre a la evidencia de que los modelos de conducta familiar y social han cambiado, en muchos casos de manera radical, y de que esos cambios han sido transmitidos en buena medida, en el seno de las propias familias.

En situaciones históricas relativamente estables, la familia cumple la doble función de mantener las pautas de comportamiento y de relajar

las tensiones almacenadas por sus miembros, originadas tanto dentro como fuera de la propia familia, en lo que Parsons, Bales y Shils (1970) denominan funciones de latencia en la familia.

Hay diversos tipos de familias existentes teniendo en cuenta sus distintas actitudes hacia las funciones de latencia que les compete desempeñar, a saber, familia armónica, familia autoritaria, familia permisiva y familia caótica (Martín, 1992). En la sociedad actual, parece que cobra preeminencia el modelo de la familia permisiva.

También desde la Psicología se indica que si bien es el estilo característico de la familia armónica, el que favorece en mayor medida el desarrollo emocional de los hijos; el estilo permisivo, más característico de nuestros días, se asociaría a comportamientos más patológicos durante el desarrollo emocional del niño y del adolescente (Arranz, 2004).

Diferentes investigaciones, sobre la juventud y la familia, ponen de relieve las diferentes ideas, actitudes y conductas de las tres generaciones en escena tienen respecto de temas sociales y familiares. En el análisis de esas diferencias se manifiesta la influencia que sobre los individuos de cada generación tiene la familia como portadora de contenidos, a través del proceso de socialización –mantenimiento de pautas–, frente al medio social externo, modificado por el cambio social y cultural.

En la actualidad se habla mucho de la crisis de valores de la juventud actual ¿Pero en qué época de la historia no se ha hablado de esto? Lo cierto es que los adultos de nuestro tiempo hablan de crisis. No es verdad que haya crisis de valores porque estos siguen ahí. El problema está en qué hacen los adultos, o quizás qué no hacen, con esos valores. Hablar de crisis de valores es hablar en abstracto y de alguna manera evitar responsabilidades de la sociedad actual y de cada uno de los miembros de las familias actuales (Polaino, 2010).

Encontramos en cambio, que la familia tiene como fin poner a cada uno de sus miembros en el estado de poder vivir como persona, promocionando a sus miembros y dirigiéndolos a su plenitud personal, en igualdad de dignidad. Sin embargo para que esto se dé, es imprescindible el trato del otro como alguien valioso en sí mismo. Constatamos que el lugar que ocupa cada uno en la familia es insustituible (Domínguez, 2002).

La familia es un conjunto de personas que viven la unidad porque comparten un proyecto clave en vida, comparten el mismo fin en la vida con el pleno sentido existencial que conlleva.

Los valores que transmite la familia son como el andamiaje con el que el sujeto se sociabiliza. Por otro lado son los valores que se transmiten en sociedad los que influyen en el individuo después de la infancia. A lo largo de las generaciones este proceso circular de diálogo entre individuo–familia– sociedad va transformando la sociedad y la cultura.

Por tanto, por un lado no toda definición de familia merecería ser defendible por sí misma, ni tampoco es legítimo variar el significado del término “familia” según los intereses temporales del momento. En toda esta obra se defiende la familia como la institución que de forma natural viene afirmándose a través de la experiencia y de la historia como el medio más idóneo para un crecimiento personal pleno.

En el presente trabajo se pretende analizar por un lado la formación de la persona humana siguiendo los modelos de conducta de sus progenitores, y a su vez qué valores se transmiten en la familia, asimismo se analizará cómo el individuo como parte de la sociedad en un diálogo bidireccional transmite unos valores y acoge otros. La pieza fundamental de este engranaje entre sociedad y familia es la transmisión de los modelos de conducta en la familia que son en última instancia los que educan al ser humano y promueven o no a la adquisición de los valores sociales.

En este sentido en el presente libro se plantea hacer un análisis del modo de transmisión de ideas, actitudes y conductas por parte de las familias, y las razones del fracaso en esa transmisión en las situaciones de cambio social. Resulta de gran interés analizar las ideas, actitudes y conductas, respecto de la familia y respecto de la sociedad, que los hombres y mujeres de nuestro tiempo identifican como suyas, intentando, por otra parte, analizar, cuáles proceden de la familia y cuáles del medio social y cultural externo. Realmente, el objetivo que centra la atención en esta publicación no es otro que el proceso de socialización en la familia, en tanto que proporciona a los individuos ideas, actitudes y modelos de conducta en relación a la propia familia y en relación a la sociedad global.

Es prioritario reflexionar sobre la noción de ser personal, para poder comprender el posterior recorrido que a lo largo de los capítulos se hará sobre la situación de la familia y la sociedad actuales. Así en la primera parte del libro el profesor José María Garrido en su capítulo *Transmisión de valores a través de prototipos morales*, a través de una revisión de la obra de Max Scheler desarrolla la explicación que mantiene este filósofo sobre la persona. En este capítulo explica que en toda acción subsiste un querer puro y originario, en el fondo una disposición de ánimo del sujeto, disposición previa a las intenciones y propósitos formulados. Este querer puro es la fuerza que va venciendo las resistencias a las que se enfrenta ese sujeto en el progreso de su actividad moral. Acompasadamente, expone sus ideas acerca del posible proceso de formación (Bildung) humano. Este proceso educativo presenta el seguimiento del prototipo como el camino para la transformación moral del sujeto.

Por otra parte el profesor Jorge Martínez en el capítulo *Algunos datos para la narración de las identidades moderna y posmoderna* estudia la génesis de la identidad en el mundo actual, a través de la obra de Charles Taylor. Éste filósofo desarrolla su pensamiento partiendo de tres claves fundamentales: a) la interioridad humana, es decir, el sentido que tenemos de nosotros mismos como seres con profundidad interior y la noción del yo; b) la afirmación de la vida corriente, elemento que sucede a partir del primer periodo moderno; y, c) por último la noción de naturaleza como fuerza moral, noción expresiva aparecida en el siglo XVII. En dicho capítulo se trata de clarificar cuáles son las líneas maestras de la herencia narrativa de origen cultural presente en los pensadores modernos, hipermodernos o posmodernos.

En la segunda parte del libro, una vez analizada la persona humana y la formación de su identidad, se estudian las influencias familiares que se dan en el ámbito familiar y que contribuyen a la formación o deformación de la persona. En este sentido la profesora Carmen Sánchez en el capítulo *La deconstrucción familiar. La diferencia prohibida* señala que asistimos a una reconstrucción que va desde la negación de la figura paterna, pasando por la indiferenciación sexual, hasta desembocar en una violencia cada vez mayor contra sí mismo y contra el vínculo social. Se constata en nuestra sociedad la negación de la diferencia en todos los ámbitos: niño-adulto, hombre-mujer, madre-

padre... En dicho capítulo se muestran las reflexiones del psiquiatra Tony Anatrella (2008) sobre el hecho de que no haya sentido de la alteridad, ni espacio para la naturaleza de las cosas. No obstante la familia tiene una serie de roles educativos irrenunciables.

Esta misma autora continúa su reflexión en el capítulo *La familia como educadora del ser humano* donde afirma cómo en la actualidad comprobamos un desorden y anormalidad que afecta hoy desde la infancia y la adolescencia hasta la juventud, todo ello puede provenir de no saber hacia dónde se va. Se habla de crisis de la juventud, y es que probablemente la juventud no haya recibido de sus educadores una orientación sobre los fines de la vida, sobre lo que Santo Tomás llamaba “los bienes humanos”. El capítulo sostiene que existe una comprobada relación de causa-efecto entre el fracaso educativo de una familia debilitada en su estructura y la sensación de fracaso personal de falta de sentido de tantos de nuestros contemporáneos. Se plantea despertar el interés y la atención sobre la importancia de la familia fundada en el matrimonio indisoluble como educadora por naturaleza del ser humano.

Para concluir esta segunda parte el profesor Javier López en el capítulo *Influencia de los abuelos sobre la conducta familiar y social de los nietos* señala cómo pese a que el rol familiar del abuelo ha recibido muy poca atención hasta hace muy poco tiempo, hay un amplio consenso social sobre la importantísima influencia que los abuelos tienen en la educación de los nietos incluso cuando estos ya son adultos. Cabe destacar entre los elementos beneficiosos que los abuelos tienen para los nietos el de ser un guía y consejero, el transmitir conocimientos y valores o el dar un sentido de patrimonio familiar y estabilidad. Los abuelos proporcionan una ayuda crucial a todos los niveles: económico, emocional...de cuidado. Saben escuchar a sus nietos y estos les escuchan a ellos en cuestiones relevantes.

En la tercera parte de éste libro la atención del estudio se encuentra focalizada en las problemáticas de la familia actual. A través de un análisis de la sociedad se hacen evidentes las carencias que encontramos en las familias actuales. La ausencia de valores en la sociedad y la desestructuración a la que asistimos desprotege a la familia, que viendo sus deficiencias deja a la merced de la sociedad,

de los medios de comunicación y de políticas positivistas la educación de sus miembros. Por ello es necesario recordar a la familia su función primordial que es, entre otras, la de educar proporcionando al individuo los modelos de conducta que se transmiten a través de las generaciones y que abren el camino a la adquisición de valores legítimos. En el capítulo *El eclipse del padre en las sociedades modernas*, Juan Meseguer analiza el estudio pormenorizado –fundamentado en numerosos trabajos demográficos y sociológicos– llevado a cabo por la socióloga francesa Evelyne Sullerot y encaminado a revalorizar la figura del padre y a reclamar sus derechos. Con un estilo ágil y directo, se denuncia que el hombre ha sido desposeído de su paternidad. Se trata de comprender y de explicar el ocaso de los padres al que asistimos en la actualidad, ocaso que afecta a la vez a su condición civil y social, a su papel biológico en la generación, a su papel en la familia, a su imagen en la sociedad, a la idea que se hacen ante sí mismos de la paternidad, de su dignidad, de sus deberes y de sus derechos, a su propia percepción de su identidad como padres, al modo en que sienten sus relaciones con las madres de sus hijos y con las mujeres y a la forma en que imaginan el futuro de la paternidad.

A continuación, en el capítulo *Los hijos de familias monoparentales* Elena Sánchez, basándose en los datos sociológicos de varias encuestas nacionales de EE.UU., trata de sacar a la luz las principales consecuencias que tienen los diferentes tipos de estructura familiar en el bienestar social de los niños y adolescentes. La hipótesis principal es el gran abanico de ventajas de los niños que crecen en familias biparentales a diferencia de los niños que crecen en familias monoparentales. Algunas consecuencias que tienen los niños de familias monoparentales son el bajo nivel socioeconómico que les rodea y les limita, la menor involucración y supervisión de los padres, el menor contacto y relación que tienen con la comunidad, así como el mayor riesgo de abandono escolar durante los años de adolescencia.

Para concluir esta tercera parte Javier López en el capítulo *Una situación especial: el papel de los abuelos cuando los hijos están separados o divorciados* señala que la separación del matrimonio implica un reajuste para los padres y para los hijos, así como una reorganización de todos los contactos con conocidos, amigos y familiares. Los abuelos no son una

excepción en este reajuste. De hecho, los hijos al separarse, en muchas ocasiones necesitan de la ayuda de los abuelos, muy especialmente de las abuelas. En éste capítulo se insiste en que lo cierto es que cuando el divorcio o separación acontece, cada uno de los miembros del matrimonio busca apoyo y refugio en sus propios padres, de hecho se da el caso de que muchos padres al separarse hay una cierta vuelta a la dependencia infantil de sus propios padres, siendo los abuelos quienes tratan de hacer todo lo que está en su mano para amortiguar los efectos negativos del divorcio de sus hijos. Distintos estudios sobre los abuelos destacan el papel de estos como “rescatadores” de la familia cuando alguno de sus miembros tiene problemas, muy especialmente de la parte más débil, esto es de los nietos.

Enrique Martín López
Teresa Echeverría-Torres
Javier López Martínez